

El Juárez que yo recuerdo



Leticia Calderón Chelius¹

¹Dra. Leticia Calderón, profesora del Instituto Mora,
México, D.F. Correo: lcalderon@mora.edu.mx

*A: Alfredo Limas Hernández
El juarense más célebre que conozco*

A propósito del bicentenario del natalicio de Benito Juárez me insistieron mucho para que escribiera una crónica, ensayo o comentario de dicho personaje más que célebre de la historia nacional. Me negué amablemente tantas veces como me lo solicitaron, pero la petición continuaba. ¿Qué podía decir de un personaje tan estudiado, tan analizado desde perspectivas tan diversas cuando apenas si he leído un par de trabajos más bien generales sobre el pastorcito que se convirtió en presidente? De Juárez sólo podía decir lo que se me venía a la mente de inmediato, que no era propiamente una reflexión profunda sobre el personaje en cuestión, sino más bien, pensaba en “el Juárez que yo recuerdo...”. Y me di cuenta que, de ése sí, de ése sí tengo mi versión, mi añoranza, un lugar en la memoria, y entonces no dudé en escribir lo que para mí representa Juárez, lo que me viene de inmediato a la mente al mencionar ese nombre. Ahí comenzó un salto por episodios inconexos —creía yo— de mi propia biografía. Todo empezó cuando decidí hacer mi tesis de licenciatura en la segunda mitad de la década de los años ochenta; entonces, no había más tema para mí, no podía haber otro tema que analizar el laboratorio político que representó en los años ochenta Ciudad Juárez, enclavada en la punta norte del estado de Chihuahua. Era esa frontera una fuente de atracción para especialistas de todo el mundo que veían en esa ciudad fronteriza la convergencia de los nuevos escenarios que perfilarían el México contemporáneo: el ascenso de las clases medias en la movilización política, la participación de las mujeres, los jóvenes en su inmensa mayoría sin ningún antecedente de activismo político. Lideraba ese movimiento social y político que expresaba estos cambios, el entonces poco atractivo, a nivel nacional, Partido Acción Nacional, y es más, ni siquiera se trataba del PAN en sí mismo, sino de lo que se definió entonces como neopanismo, que era una versión mucho más pragmática del otrora partido opositor

por excelencia, mejor llamada “oposición leal” por Soledad Loaeza, catedrática conservadora a quien admiraba desde entonces. Era ese PAN, neoPAN, el que enarboló banderas que resultaron especialmente atractivas para la población nortea: no al centralismo y la valoración del voto como instrumento de legitimidad política. Estas demandas que hoy parecen lejanas, pero que hace relativamente poco —menos de veinte años—, en esa ciudad y en ese tiempo, se volvieron consignas que tomaron fuerza y se propagaron como pólvora por todo el país. Yo estaba fascinada por lo que ahí ocurría y lo seguía de manera detallada a través de crónicas, análisis políticos de gran profundidad que veían las señales del cambio, los estudios sociológicos que mostraban la realidad de sus personajes sociales alejados del estereotipo de otras entidades. Abundan de entonces cientos de trabajos que veían con cierta ambivalencia a las mujeres jóvenes de las maquiladoras, que resultaron ser sujetos con cierta independencia política por su lejanía con el poder centralizado de la CTM, lo que contradecía mucho del lugar común con que se había estudiado a la clase obrera por años. Por su parte, las clases medias aparecían como expresión de un nuevo liderazgo donde la pobreza no era la principal demanda y por el contrario, parecían romper con las viejas consignas de la izquierda tradicional que años antes se nutrió de numerosos estudiantes clasemedios. Ésos eran signos del cambio que se gestaba para quien quisiera verlo “en vivo y a todo color”.

En esos años de la segunda parte de la década de los ochenta, Ciudad Juárez acumulaba prestigio como ciudad próspera, combativa, con un estilo muy distinto al del centro político-histórico del país que por ese periodo sufría, irónicamente, su mayor crisis, tanto política como social, lo que se multiplicó con el momento más dolido, que aún “cala”: el terremoto de 1985, que más allá de la tragedia humana con las consecuencias en tantas esferas de la vida cotidiana de los capitalinos, representó la caída del centro en un sentido prácticamente literal. Esto se entiende en un contexto más amplio porque una de las principales rebeldías, a veces hasta excesiva de los fronterizos, fue esa consigna incansable contra el centro y todo lo que viniera de ahí, por lo que representaba, por el poder que ejercía, por su arbitrariedad, por su lejanía, y

para ser honestos, hasta por su indiferencia. Todo eso alimentó y mantuvo por largo tiempo la bandera contra el centralismo que cobijó un movimiento social sin precedentes en la región. Junto con bandera nueva y de una fuerza inobjetable para la vida desde la frontera, un signo de gran renovación política se dio con la participación política de miembros de la sociedad civil que nunca antes se habían inmiscuido en movilizaciones de carácter cívico. Esto dio lugar a las novedosas formas de lo que entonces inauguró la “resistencia civil pacífica”, posteriormente reeditada en distintas formas y movimientos sociopolíticos. La de Juárez, poblada de moñitos negros en luto por la democracia, de los plantones cerrando el cruce internacional fronterizo en el puente del Pronaf, bien conocido por cualquier juarense, o las llamadas a no pagar los servicios públicos para minar la estabilidad económica de la autoridad, que se esgrimía impuesta por el poder del fraude. A estos actos que fueron “en creciendo” se sumaron episodios realmente dramáticos de huelgas de hambre de sus dirigentes empresariales, políticos y figuras públicas de la región que duraron más de 40 días, para demandar lo que hasta entonces era algo así como una osadía en un sistema fuertemente identificado con la transmisión de poderes por la vía del dedazo, la designación como privilegio de una cúpula. En esas condiciones, la bandera del voto, libre, transparente, elemental, era tanto como decir que había que dudar de la sensatez de quien elegía al sucesor del anterior y así hasta el infinito como solía hacerlo el priísmo local y nacional. En esos tiempos —y parece tan lejano— oí por primera vez eso que en el argot popular se señalaba como “urnas embarazadas”, llenas de antemano pues, o lo del “ratón loco” que no era sino la imagen divertida de las caravanas de votantes organizados para ir de urna en urna y votar repetidamente por el mismo partido que organizaba el festín —evidentemente el PRI—. Si eso ocurría a la vista de todos, demandar urnas transparentes, un padrón de electores confiable, era de primer orden para algunos y para otros, de plano, rayaba en la insolencia. Todo eso lo oí por primera vez allá en Juárez, no en mi espacio de vida en el centro del país donde pasaban otras cosas, o por lo menos a mí me pasaban otras cosas que coincidían más con el festejo que es la vida en esos años veinteañeros. El caso es que Ciudad Juárez era para mí, en ese entonces, ese espacio abierto,

infinito, con un horizonte extendido hasta donde alcanzaran a ver mis ojos. Si eso lo combinamos con que yo le atribuía ser el germen por la democracia por el movimiento político de finales de los años ochenta, Juárez no era otra cosa sino ese espacio que había que relatar, constatar, atestiguar. Lo hicieron así muchos, expertos y novatos, iniciados y vacas sagradas, entonces ¿por qué no yo que conocía la región de haberla visitado desde siempre?

Mi tesis de esos años se llamó *Ciudad Juárez: del olvido histórico a la memoria cotidiana*, y en realidad debo reconocer que acabó siendo más una apología de lo que me impresionaba entonces de esa ciudad fronteriza que un trabajo rigurosamente científico. Su lejanía, su desarticulación con el centro del país, su identidad tan propia, sus códigos que no tenían sino autorreferentes. Cuando pensaba en *Juaritos*, como le llaman muchos por puro cariño a la ciudad, además del heroísmo que entonces le atribuía a lo que ahí pasaba, me venía a la mente la imagen que aun ahora, en este instante, es la que poseo de esa ciudad fronteriza. Se trata de una vista panorámica del sol cayendo al atardecer por detrás de las montañas infinitas iluminando todo de un cielo pintado de rojo. Ese valle desértico que para mí es referencia de belleza porque crecí viéndolo, como crecí jugando a adivinar, durante las largas horas que no había más que hacer ante el calor sofocante y el desierto, siempre el desierto, las imágenes de las nubes perfectamente claras sobre un paisaje sin verdor. Desde entonces aprendí que el desierto es una belleza sin desperdicio, sin excesos, que al mirarlo al detalle te conmueve porque aprecias cada rasgo de vida y sólo así descubres que la vida es infinita.

Total que de la apología pasé al desencuentro, y todo porque con el pasar de unos cuantos años la frontera cada vez me pareció más agresiva. Fue a inicios de los años noventa cuando empezó a desplegarse con toda su furia el muro fronterizo que ahora nos aqueja tanto, porque pretende extenderse por toda la zona que divide a México de Estados Unidos, pero en realidad fue entonces cuando el propósito de “salvaguardar la frontera” de parte de los norteamericanos empezó a ser ya parte de la vida cotidiana de los juarenses. El inicio del plan de los estadounidenses para hacer una frontera altamente

tecnificada, a prueba de indocumentados, se inició ahí. Esta nueva etapa contradecía todas las historias con las que crecí escuchando a mi abuelito Benjamín que nos contaba de cuando él y sus hermanos tomaban camino por allá de los años treinta del siglo pasado, justo después de la Revolución Mexicana, y se iban al norte a caballo o a pie, y pasaban por lo que decían que era ya territorio de Estados Unidos como si nada, que se adentraban por esas tierras que no veían fin como ciudadanos del mundo, con la pura visa de sus ganas de ver, de andar en la aventura, de probar suerte. Todo eso se acabó para la región de Paso del Norte, que por una suerte de la fortuna un siglo antes había recibido por corto tiempo al exiliado más célebre de la historia nacional, Benito Juárez, y que de entonces la parte mexicana de esa frontera retomó el nombre del prócer —la parte que mejor conozco del personaje que me trajo a estos recuerdos—. Esa que fue una frontera bastante transitable sinceramente hasta bien finalizados los años ochenta del siglo XX, se fue volviendo dura, difícil, irrecognocible incluso para quienes la conocían de siempre. Ante estos hechos, la ciudad que me parecía se empezaba a volver ya excesivamente dura no daba para otra cosa que marcar distancia, porque con las nuevas medidas de control, aparentemente no visibles, había en el aire una sensación de militarización, preludio de lo que hemos vivido con gran intensidad los años más recientes. A mí esa sensación y la incomprensión de lo que podía venir, de plano me alejó de Juárez por un tiempo. Pero en una especie de golpe de suerte, recuperé mi buena sintonía con la ciudad, pero esta vez de manera más amplia, pues dejé de verla como la parte mexicana *versus* el otro lado. Resulta que estuve haciendo entrevistas con mujeres mexicanas que viven en El Paso, Texas, y lo que ahí encontré en esos testimonios, en esas historias que cuentan una ruta, un destino, el momento de la decisión que las tenía frente a mí contándome su vida, fueron todos los sentimientos encontrados, desde los testimonios más aburridos que ningún investigador social se atreve a reconocer, hasta algunos de los recuerdos más célebres de mi vida. Mujeres maravillosas de una aparente simpleza, pero que en realidad cada una era una forma de explicar eso que sólo podía ser la vida en la frontera. De eso hice

mi segunda tesis y me reencontré con el extenso territorio de Ciudad Juárez-El Paso (Paso del Norte dirían algunos), y por fin dejé las apologías para intentar explicar algo.

Todo iba bien entre Juárez y yo, creía haber encontrado cosas novedosas, tenía explicaciones más causales indispensables para un análisis empírico, me había abierto a hipótesis más arriesgadas basadas en la teoría y lo que la región me aportaba. Estaba feliz y reconciliada con el desierto inmenso que nuevamente me sorprendía, hasta que, de repente, como si no hubiera habido un antecedente o por lo menos un anuncio, una señal que sugiriese que algo iba a cambiar, la imagen de esa ciudad aislada de todo adquirió una nueva cara. Por azares del destino andaba en Salzburgo, Austria, en un seminario donde la celebridad resulté ser yo por venir de un país exótico, lejano y donde más de uno esperaba que me comportara como diva, dada que su única imagen de México era María Félix, y ahí, en medio de un castillo a las afueras de la ciudad, resultó que además de “La Doña”, había dos cosas que mis internacionales y multiculturales compañeros de seminario habían oído de México recientemente. Evidentemente, el levantamiento zapatista en Chiapas que en su capacidad de mundializarse alcanzó la cúspide, y sobre “las muertas de Juárez”. Empezaron entonces las preguntas insistentes por saber más del asunto, por conocer las causas del escenario criminal, del ensañamiento con las jóvenes mujeres; en fin, querían que yo, digna representante de la patria azteca, explicara cómo una nación que se dice democrática permitía semejante situación. A mí de plano me corroía la vergüenza, la indignación, el dolor y sobre todo, la ignorancia de no poder dar una sola respuesta lógica ante la curiosidad científica de quienes no hablaban por morbo, sino comparando la violencia hacia las mujeres pobres de Juárez, mi pedacito de historia, con lo que pasaba en otras partes del mundo, en los trágicos casos de la India, de Pakistán, de China. ¿Cómo podía ser que se estuviera hablando de algo tan dramático y no pudiera transmitirles la belleza inmensa del desierto, o la sabiduría fronteriza frente a lo cotidiano, o el espíritu forjado en la lejanía? De nada sirvieron mis metáforas, mis imágenes discursivas para ampliar la imagen de la

región dado que el asunto criminal de asesinatos en gran escala con tinte de género que en México apenas se empezaba a hacer público en esos años de mediados de los noventa, era conocido entre los ciudadanos informados de cualquier ciudad del planeta. Ciudad Juárez desde hace por lo menos una década se había vuelto marca registrada del concepto de feminicidio. El seminario acabó como suelen terminar esos eventos académicos: con mil nuevas preguntas y sendos contactos. Pero para mí se abrió una grieta ante un tema que conocía bien de oídas, por trabajos inéditos que había leído, por lo que me contaban mis conocidos y hasta por la misma relación familiar con la región, pero ni con toda esa información tuve una respuesta medianamente satisfactoria, y mucho menos reconfortante para mí, ni para quienes me preguntaban. Desde entonces, mi recuerdo antiguo de Juárez se empalma con eso que me conmueve, porque me lleva a pensar en muchos episodios de mi propia vida que se funden con la imagen que extiende el desierto hasta donde se topa con las montañas. Atrás está el sol y empieza otro territorio que desconozco. El Juárez que alcanzo a ver ahora se presenta tan distinto a lo que conocí, a lo que viví por años; lo desconozco y me duele y me aleja cada vez más de esa ciudad fronteriza, aunque siga pasando por ahí cada tanto y siempre añore volver. Me parece imposible creer lo que oigo, lo que leo, lo que constato en los informes de la Comisión de Derechos Humanos, en los libros que atestiguan minuciosamente el escenario del crimen colectivo que se verifica en la ciudad, que al mismo tiempo es para mí, lugar de reunión con algunas de las personas que más quiero en la vida. Literalmente para llorar.

Una de las partes incomprensibles de lo que representa hoy Ciudad Juárez es tal vez una incógnita que cualquier politólogo adoraría estudiar y es la muestra que el electorado no siempre lleva en su voto la sensatez, y es que en este asunto de “las muertas de Juárez”, la alternancia tan añorada de la región finalmente triunfó en aquella frontera y el partido que entonces era oposición y se presentaba con una superioridad moral atribuida a la “gente bien”, que era un discurso de fácil impacto en el *Juaritos* de aquellos años ochenteros, dejó de tener justificación. Las muertas lo son con el PRI, con

el PAN o con la disputa acalorada por el poder, con la rapiña, con la depredación total de las instituciones. Nada parece cambiar, ni siquiera con el cambio a nivel federal donde el sexenio de Vicente Fox pasó prácticamente en gris ante este tema, y hasta hoy, que yo sepa, nada ha cambiado con la nueva administración federal panista encabezada por Felipe Calderón. Gente valiente se sumó a la denuncia y a la acción, me consta y lo festejo, pero lo inexplicable es que el asunto persista pese a la cantidad de evidencias que han salido a la luz. Para efectos de esta remembranza, para explicar qué me evoca a mí Juárez, debo decir que hay un puente muy atormentado desde una imagen encapsulada en el tiempo de mi infancia y sobre todo, adolescencia, con esta adultez que no reconoce lo que vivió hace años y que tiene miedo de saber en qué se ha convertido una ciudad que, como muchos lo saben, está llena de gente buena, trabajadora, honesta, sencilla, cordial, amorosa. Pero lo trágico es que ahí se verifica la muerte de jóvenes, niñas, mujeres que se suman a los números escalofriantes de un sistema que, de plano, ante su ineptitud y complacencia, lo que muestra es su auténtica visión de las mujeres como seres que no merecen llegar a las últimas consecuencias de la investigación que lleva años. En Juárez hoy matan, y ése es el Juárez que no deja de conmoverme y de dolerme porque es la prueba más clara de la infinita impunidad que existe en México en su conjunto.

A propósito de Juárez, el héroe patrio que motivó esta remembranza, sé que cada uno piensa inmediatamente en una imagen, en un recuerdo, en una enseñanza. No hay forma de no hacerlo, los mexicanos lo tenemos tatuado en nuestro código casi genético a través de la ruta de aprendizaje que la Secretaría de Educación Pública determinó desde hace más de medio siglo para todos los que hemos tenido el privilegio de cursar estudios en el país de la desigualdad. Lo sorprendente es que de la imagen del pastorcito que cuidaba ovejas al presidente indio de la Reforma y la resistencia frente a la usurpación extranjera, o los valores por encima de cualquier duda que se atribuyen a Benito Juárez, liberal, austero, ejemplar, cada uno son, en realidad, versiones del Juárez que le es significativo a cada quien. Para algunos evocará una calle o avenida llamada Juárez, la plaza

cívica indispensable en cualquier entidad del país, o el compañero de la secundaria que se apellidaba así. Cuando pienso en Juárez, no se me ocurre otra cosa que la imagen del desierto, de la osadía de su gente, de su valor, junto con los huesos regados en el desierto de mujeres que, como yo, un día fueron jóvenes, pero que, por la cobardía asesina y la negligencia criminal, no podrán contar con un futuro para recrear su historia, su recuerdo, su propia imagen del desierto. A lo mejor a muchos no les gusta que los deje con la imagen más macabra de mi recuerdo y preferirían las partes donde la vida es una secuencia de sorpresas, pero desafortunadamente ése es el Juárez que recuerdo, el que se entrecruza con inmensidad y dolor, el que pide recuerdos de muchos, mucha justicia, tan sólo justicia.

Guidelines for Contributors

The Editorial Board of *Nóesis* permanently welcomes submissions of academic articles for publication on any of its different sections. Proposals are received throughout the year.

The following guidelines are applicable in preparing a submission for *Nóesis*:

1. All papers submitted for publication in *Nóesis* must be original and unpublished.
2. The Universidad Autónoma de Ciudad Juárez claims all copyrights to the paper once it has been published in *Nóesis*.
3. Submissions can be research or academic articles (result of an in-depth study), shorter essays on a specific scientific development, or book reviews. The subjects covered are generally in the social sciences.
4. The works can be written in English or Spanish. Authors who submit texts translated into Spanish from another language, including English, must enclose a copy of the version in the original language.
5. Manuscripts submitted for review will not be returned to the authors.
6. The Editorial Board reserves for itself the right to evaluate the scientific and methodological quality of all submissions. Generally, the process will follow the following timeline:
 - a) After submission, the paper is given a first reading by a member of the Editorial Board to determine its suitability for publication in accordance to the editorial norms presented in number 7.
 - b) If the document complies with such norms, it will be reviewed by two specialists who may approved it, reject it, or request the author to make editorial corrections or give recommendations to strengthen the paper.
 - c) If corrections or recommendations were made, the paper is returned to the author to make the suggested changes. The paper must be re-submitted in accordance to the deadline established by this journal. In the given case the author does not respond within one month after having been presented with the suggested changes for his paper, *Nóesis* reserves the right to not publish it or make the pertinent editorial corrections.
7. Manuscripts must include the following editorial requirements:

- a) The front cover must have title and subtitle (brief and concise in English and in Spanish) and type of work (article, book review, etc).
- b) An abstract of summary of content of no more than 150 words, also in English and Spanish.
- c) Name, title, nationality of the author(s), e-mail address of collaborator(s) and Institutional and departmental affiliation of the author(s).
- d) Indicate maximum degree obtained and area of specialization.
- e) Present the printed original or send in electronic form via e-mail (Word format, Times New Roman, font size 12, justified, double-spaced, numbered pages from cover to end).
- f) The length of the article must be between 15 and 30 pages, considering 26-line pages.
- g) Tables and figures must be done preferably in MS Office Excel for Windows and must be inserted in the text and properly labeled (include a separate file for each). If not in Excel, indicate in your cover letter the software used for tables and figures. These must be self explicative; do not use abbreviations; indicate the units used; and properly cite and annotate on footnotes. Reader must be able to understand tables and figures without recurring to the text.
- h) Bibliographical references must follow consistently the Spanish conventional style: author's last name, year of publication: page number (*e.g.* Foucault, 1984: 30-45). Include the complete reference only in the bibliography, unnumbered and in alphabetical order.
- i) When citing books in Spanish, remember that only the first word is capitalized (*La casa de la noche triste*); in English, capitalization is generally done at the beginning of all principal words (*The House of the Sad Night*). In both languages the original spelling should be kept.
- j) When using acronyms in the text, figures, tables, and bibliography, spell the meaning at least the first time and specify the acronym to be used in the rest of the text in parenthesis (*e.g.* Drug Enforcement Administration (DEA); thereafter only DEA).

- k) In case the article is accepted, the author must submit to the Editorial Board a signed consent form declaring the work presented is original and unpublished and copyrights are granted to the journal.
- l) Follow this style for bibliographical citations:

BOOK ENTRIES

— Last name(s), name of the author. *Title of the book in Italics*. Place of publication, Publishing Company, year, page numbers.

Examples:

Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI, 1984, pp. 30-45.

Levine, Frances. "Economic Perspectives on the Comanchero Trade". In Katherine A. Spielmann (ed.). *Farmers, Hunters and Colonists*. Tucson, AZ; The University of Arizona Press, 1991, pp. 155-169.

JOURNAL ENTRIES

— Last names and name(s) of the authors. "Title of the article". *Name of the Journal*, number, volume, date, page numbers.

Examples:

Conte, Amedeo G. "Regla constitutiva, condición, antinomia". *Nósis*, núm. 18, vol. 9, enero-junio de 1997, pp. 39-54.

Krotz, Esteban. "Utopía, asombro y alteridad: consideraciones metateóricas acerca de la investigación antropológica". *Estudios sociológicos*, núm. 14, vol. 5, mayo-agosto de 1995, pp. 283-302.

Taxes in electronic texts, bases of data and computer programs

Responsible main (of the contribution). "Title" [support type]. In Responsible main (of the main document). *Title*. Edition. Publication place editor, publication date, date of upgrade or revision [it dates of consultation]**. Numeration and/or localization of the contribution inside the document source. Notes*. Disponibility and acces**. Normalized number.

Example:

Political and Religious Leaders Support Palestinian Sovereignty Over Jerusalem. In *Eye on the Negotiations* [on line]. Palestine Liberation Organization, Negotiations Affairs Department, August 29, 2000. [ref. August 15, 2000]. Available on Web: <<http://www.nad-plo.org/eye/pol-jerus.html>>